

Liébana es una comarca en la que las pronunciadas laderas que bajan desde las cumbres que la rodean hasta los valles interiores son propicias a la existencia de corrimientos de tierra o "argayos". En estas líneas vamos a hacer un repaso por algunos de ellos de los que ha quedado constancia a lo largo de la historia, y lo vamos a hacer, fundamentalmente, reproduciendo textos que hablan de ellos.

valledeliebana.info

I.- ARGAYO DE SUBIEDES, AÑO 722

El primero y más célebre es el recogido en las crónicas que narran los hechos ocurridos al iniciarse la Reconquista. En la Crónica Rotense, escrita hacia el año 884, aunque los hechos se refieren al 722, tras indicar que parte de los musulmanes derrotados en Covadonga huyeron a Liébana, se dice:

«Cuando marchaban por lo alto del monte que está sobre la ribera del río que se llama Deva, junto a la villa que llaman Causegadia [Cosgaya], ocurrió por sentencia de Dios que ese monte, revolviéndose desde sus fundamentos, lanzó al río a los 63.000 hombres, y allí los sepultó a todos el tal monte».

En la Crónica Albeldense, más escuetamente:

«Entonces los de las huestes de los sarracenos que habían sobrevivido a la espada, al derrumbarse un monte en Liébana, fueron sepultados por el juicio de Dios».

Tradicionalmente se ha identificado ese monte que cayó sobre los musulmanes como el de Subiedes y así lo recuerdan el monumento instalado al efecto en la varga de Los Llanos y esta inscripción que hay –o había- en la torre de Mogrovejo:

*«Subiedes, peña fragosa,
sobre los moros cayó,
y a los cristianos libró.
¡Ved que cosa milagrosa!»*

El estudio ["El castillo del monte Subiedes \(Camaleño, Liébana, Cantabria\). Control del territorio lebaniego en la Alta Edad Media"](#), de Javier Marcos y Lino Mantecón, ha profundizado en el asunto.

II.- ARGAYO EN CAHECHO, 1791

El segundo gran argayo del que tenemos noticia documental tuvo lugar en Cahecho allá por 1791. Son dos autores los que dan cuenta de él. Matías de Lamadrid en su “Memoria sobre los grandes montes y demás riqueza de Liébana” escribe:

«En 1791 el grande monte llamado Yurbiende junto al lugar de Cahecho emprendió un viage [sic] al mar, y tomando el río Deva hizo esta extraña marcha, que es de unas 7 á 8 leguas. Preñadas las montañas con grandes depósitos de agua para cebar fuentes perennes y lejanas, acontece que rebientan [sic] por algún punto por las injurias del tiempo, debilitada y perdiendo así la mole el equilibrio, el agua envuelta con tierra, peñascos y árboles liquida digámoslo así, la montaña, y forma un espantoso y ronco torrente, que al mar mismo cuasi sorprender debe».

Y termina diciendo: *«Esto llaman aquí Argayos, y más en pequeño son muy frecuentes».*

Por su parte, Ildefonso Llorente, ya en 1882, lo relata del siguiente modo:

«Y añadiré una cosa extraña, respecto al pueblo de Cahecho. Había junto a ese pueblo un grande monte llamado Sorbiende, o Sorbienda, que quizás tenía en su interior algún lago, quizás estaba superpuesto a alguna capa de terreno bituminoso, aunque más creo lo primero. De todos modos, es lo cierto que en el año 1791, después de una temporada de grandes lluvias, el monte Sorbienda se fue licuando, y de pronto perdió el equilibrio, rodando tierra, peñascos, árboles y agua en corriente espantosa, como si fuera la de un caudaloso y turbio río, hasta unirse al Bullón y luego al Deva, que llevó todo aquel extraño barro al mar, distante unos 30 kilómetros de allí. ¡Vaya un argayo! como aquí se llama al desprendimiento del terreno».

Vemos, pues, cómo en este espectacular argayo, que no causó víctimas, las lluvias tuvieron un papel importante.

III.- EL CANCHORRAL DE HORMAS (COLIO, 1902).

Más recientes, ya del siglo XX, son otros dos argayos ocurridos en Liébana. El primero se produjo en mayo de 1902 y tuvo por escenario el pueblo de Colio y sus alrededores, donde, desde hacía siglos, se hablaba de “*los diablillos de Colio*”. Así lo contaba La Voz de Liébana en 1913:

«El origen de esta conseja fue el siguiente. Sobre el mismo pueblo de Colio y a poca distancia de él se abre en la peña una estrecha garganta perpendicular de varios centenares de metros de longitud que comienza en el llamado Canchorrall de Hormas. Por ese cañón, de vez en cuando, y sin que al parecer el hecho obedeciera a causa alguna externa, pues solía ocurrir en días serenos y despejados, caían enormes pedruscos que al rebotar en las paredes del cañón producían un ruido estruendoso y

que se oía desde la mayor parte de los pueblos de Liébana. Ese hecho inexplicable, hizo creer que era producido por algún agente sobrenatural y la imaginación exaltada de aquellas gentes no encontró otra explicación que la de la intervención del diablo».

Pues bien. «Taponando y obstruyendo la entrada superior del cañón existía allí desde hace varios siglos una gran piedra que contenía el empuje de las rocas disgregadas que se iban almacenando en Hormas» (...) «Pero llegó un día en que la roca que servía de tapón no pudo resistir el empuje de aquella inmensa mole de piedra que sobre ella pesaba y cedió y cayó por la garganta y tras ella todas las rocas disgregadas en el transcurso de varios siglos y que sumaban muchos millares de metros cúbicos de piedra. Todo ello revuelto entre un fango espeso corrió luego por el cauce del río de Colio como una avalancha destructora que arrasaba árboles, puentes, cercas, que nivelaba el profundo cauce y cubría las fincas de sus orillas, destruyendo las cosechas y dejando sobre el suelo antes fértil, espesa capa de arena y enormes montones de rocas. Ello ocurrió en el mes de Mayo de 1902».

Y sigue relatando:

«El enorme alud continuó su asoladora marcha por todo el cauce del río la Sorda o de San Lorenzo en una extensión de siete kilómetros hasta llegar al río Deva».

Y concluye:

«Entonces muchos lebaniegos y bastantes de fuera de Liébana fueron a contemplar ese fenómeno que no se repite con tanta frecuencia, para que se presente ocasión de presenciarle. El espectáculo era de una grandeza imponente; aquella masa informe,

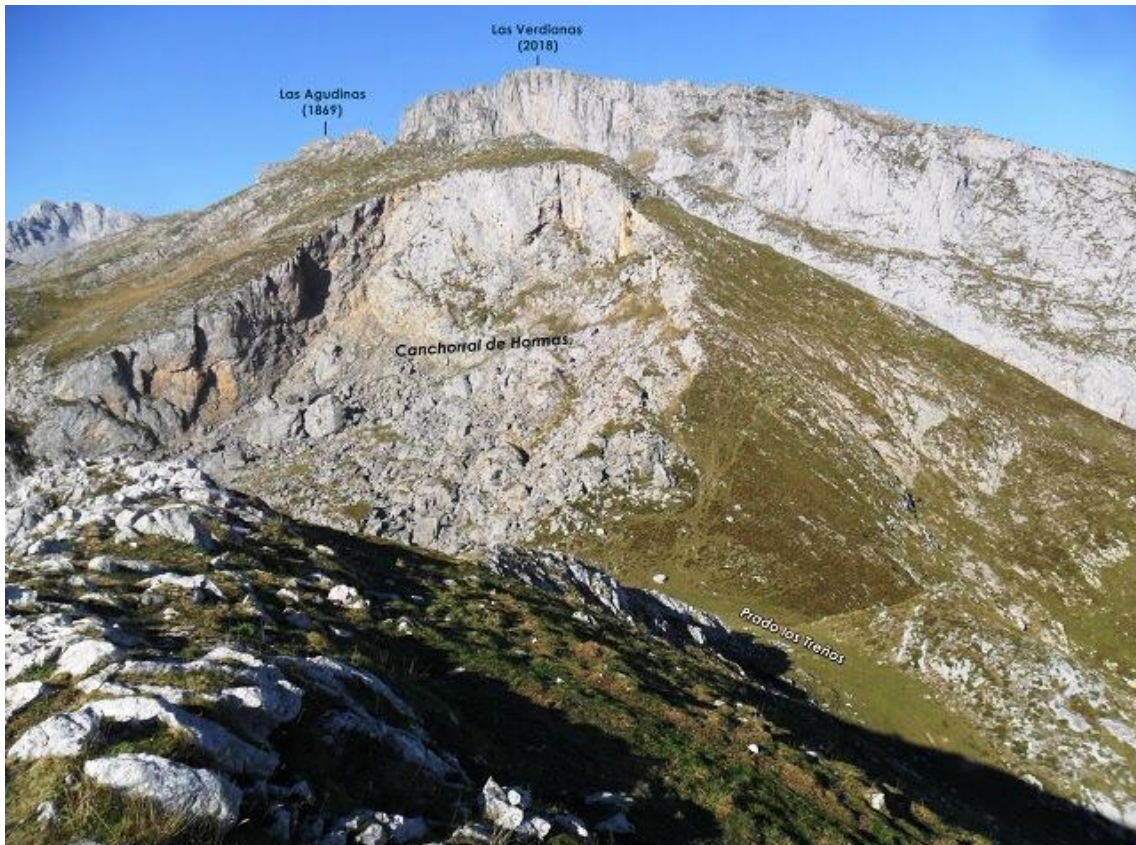


Foto magnífica de Víctor Manuel Delgado

<https://picasaweb.google.com/lh/photo/LUD76abCIyVFpIwHRwiS9NMTjNZETYmyPJy0liipFm0>

semifluida formada por el barro revuelto con trozos de árboles y grandes cantidades de piedra avanzaba lentamente con un ruido sordo producido por el choque de las piedras al rodar y chocar entre sí y por el crugido [sic] de los troncos y ramas que como leves pajas eran triturados en un momento. Sobre todo ello se veían flotar peñascos enormes que el alud dejaba luego depositados en las orillas a alturas inverosímiles. Sobrecogía el ánimo ver la fuerza enorme y la potencia destructora del alud y pensar que pudiera desviarse de su curso y encontrar a su paso el pueblo de Colio que tan próximo se hallaba. La imaginación ante la grandeza del fenómeno se figuraba en presencia de una de aquellas plagas y cataclismos bíblicos, con que Dios castigaba a su pueblo.

Aún hoy es digno de verse y bien merece hacerse una visita al Canchorrall de Hormas».

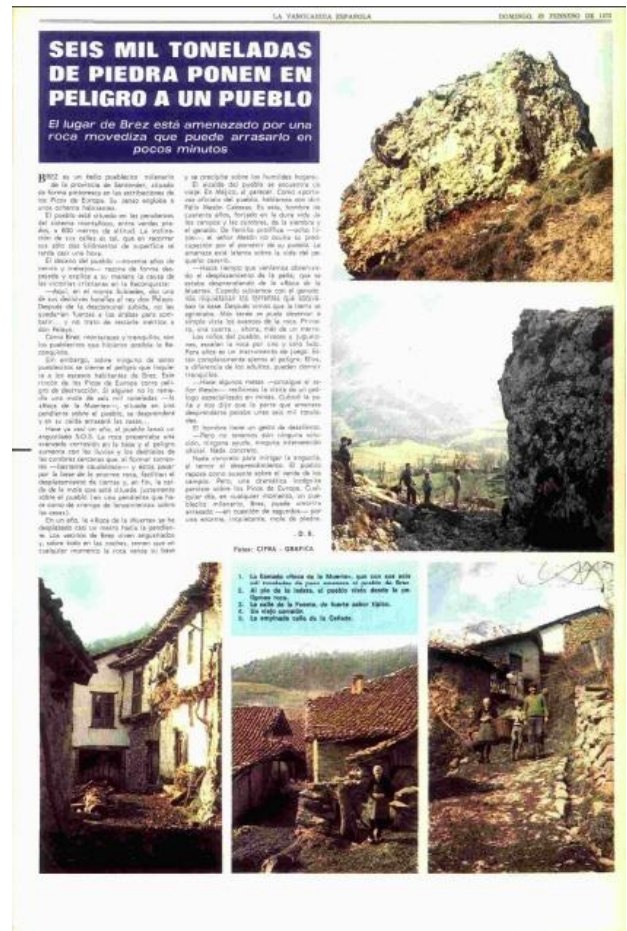
Roberto Rodríguez Fernández, en la Guía geológica del Parque Nacional de los Picos de Europa, achaca este fenómeno al hecho de que *«las calizas que forman estas cumbres se apoyan sobre un nivel de pizarras que, en momentos de precipitación intensa, se comportan plásticamente y tienden a fluir. Como consecuencia, una parte de la ingente masa de calizas situada por encima de las pizarras se ha desgajado de la montaña y ha ido deslizándose pendiente abajo al tiempo que se ha ido fragmentando»*, yendo a parar el material suelto al cauce del río La Sorda.

El mismo autor aporta el dato de que “La Gran Llena” de 1902 *«enterró la ermita de San Lorenzo, situada entre los dos barrios de Colio»*.

IV.- LAS PEÑAS DE BREZ

El último de los corrimientos de tierras que vamos a recordar es mucho más reciente, de la segunda mitad del siglo XX. Fue en Brez. Algunas de las rocas desprendidas del Alto de los Cabezos y el Castro de las Cerras, procedentes de la probablemente mayor avalancha rocosa de toda la Cordillera (según los geólogos de la Universidad de Oviedo, Jorge Marquín y Luna Agrados), amenazaban al pueblo. En los primeros años de la década de los 1970 se detectó que dichas rocas habían comenzado a moverse. Así lo recogió la prensa de la época, [La Vanguardia](#) en concreto:

«La roca presentaba una avanzada corrosión en la base y el peligro aumenta con las lluvias y los deshielos de las cumbres



cercanas que, al formar torrentes —bastante caudalosos— y éstos pasar por la base de la enorme roca, facilitan el desplazamiento de tierras y, en fin, la caída de la mole que está situada justamente sobre el pueblo (en una pendiente que hace como de «rampa de lanzamiento» sobre las casas).

En un año, la «Roca de la Muerte» se ha desplazado casi un metro hacia la pendiente».

Entonces, se actuó rápidamente y se optó por una solución radical: la voladura de la mayor de ellas, de unas 6.000 toneladas de peso. La voladura se llevó a cabo el 23 de abril de 1973 con 700 kilos de explosivos y fue un éxito. «*Algunos trozos de la peña, que tenía unos quince metros de altura, rodaron monte abajo hasta caer en el fondo de una trinchera abierta previamente en un prado*», relataba la prensa. Fue, sin embargo, un tanto decepcionante para los numerosos espectadores que se habían acercado a contemplarla y esperaban un mayor espectáculo.

Otras dos rocas más pequeñas, pero también de grandes dimensiones, sobre las que no se actuó en aquel momento, situadas en pleno pueblo, tiempo después, rompieron un muro por lo que se optó por anclarlas con tirantes, cosa que se hizo en 1985, como recordaba hace unos años [El Diario Montañés](#).

Hasta aquí este recorrido por esos cuatro argayos destacados que, aunque de distinta naturaleza según las clasificaciones de los geólogos, ha habido en Liébana. A ellos se suma ahora el de Sebrango.



Argayos de distintos tipos:

En su “*Itinerario geológico por Los Picos de Europa*”, Jorge Marquínez y Luna Adrados, del Departamento de Geología de la Universidad de Oviedo, escriben:

«Entre los procesos más espectaculares de erosión de las laderas se encuentran los desprendimientos repentinos de grandes volúmenes de rocas, conocidos también como *avalanchas rocosas* que también afectan a los escarpes calcáreos. Debido a la naturaleza litológica de los Picos de Europa, propensa a estos fenómenos, existen bastantes restos de antiguas avalanchas rocosas en distintas localidades. Una de las mejor conservadas es la que se encuentra en Cordiñanes, núcleo sobre el que se reconoce una gran masa de fragmentos de rocas, desprendidos del escarpe que domina el pueblo hacia el este. Pero la mayor de las avalanchas rocosas que pueden reconocerse en la zona y cuyas dimensiones la convierten probablemente en la más extensa de toda la Cordillera Cantábrica, se encuentra sobre el pueblo de Brez, en la Liébana (Paradas N° 4 y 5), ocupando los restos desprendidos el Alto de los Cabezos y el Castro de las Cerras.

En los substratos con pizarras de las formaciones carboníferas, que afloran en las zonas marginales de la unidad, son por el contrario frecuentes los pequeños deslizamientos y flujos del terreno, desencadenados generalmente por las precipitaciones intensas y los fenómenos de reptación del suelo.

Finalmente, son relativamente frecuentes en todo el escarpado frente sur de los Picos de Europa los canales torrenciales, a través de los cuales y favorecido por la acción del agua, la nieve y las fuertes pendientes, se producen esporádicas avenidas de rocas embebidas en agua y detritos más finos, que poseen un enorme poder erosivo. El más espectacular es el Canchorril de Hormas que desciende desde el Pico del Acero, en las proximidades de la antigua mina Aurora en el Macizo de Andara, discurriendo por las proximidades de Colio la corriente de bloques que llega a alcanzar el Río Deva. Los lugareños lo conocen como los *Diablillos de Colio* por los ruidos que el torrente produce durante las avenidas.»

valledeliebana.info